

«*El cerebro altruista* propone una aportación transformadora al actual debate sobre nuestra conducta subyacente hacia los otros y, en realidad, explica las conductas benevolentes en general»<sup>1</sup>. Desde su introducción, la obra de Pfaff explicita con claridad sus motivaciones y objetivos, y acompaña tanto al lector experto como al lego en la perfilación de su planteamiento y futuro recorrido. Este exordio ancla el sustrato de una perspectiva materialista a nivel, si se quiere, físico y ontológico, que asume al cerebro humano como soporte material de la mente y cuyo conocimiento y estudio en términos científicos supone un paso indefectible en el estudio de los comportamientos éticos de los individuos.

Ya desde el propio título de la obra se intuye una cierta ruptura con aquella idea del *homo homini lupus*, en la medida en que se busca mostrar cómo el cerebro humano tiene la potencialidad de actuar bondadosamente, esto es, de inclinarse a lo que generalmente se ha venido conociendo como el «bien», no sólo para uno mismo sino para con los demás; inclinación que, desde esta introducción, queda manifiesta explicitando de qué manera el cerebro procesa el altruismo –proceso que, inextricablemente, pasa por considerar al otro como uno mismo a fin de proyectar las consecuencias de las acciones propias, lo que implica activar ya aquello que en la obra queda acuñado como *cerebro altruista*–.

El cerebro altruista tiene la potencialidad de ser el fundamento material de una ética que no requiere planteamiento axiológico dualista alguno para promover una conducta positiva sobre otra dañina, sorteando la inveterada falacia naturalista, proponiendo una inclinación para el bien cuyo suelo es la propia naturaleza humana y no un ámbito extraño que deba romper el orden natural para aspirar a una suerte de «Bien»

mayúsculo al que deba adecuarse. No en vano, la pregunta «por qué somos naturalmente buenos» acompaña al título de este nuevo trabajo, y permite anticipar sin esfuerzos el lienzo sobre el que se dibujará el devenir de la obra.

Desarrolladas en el seno de una eminente actualidad filosófica y científica, las más de trescientas páginas del texto de Pfaff enfrentan problemas, transitan horizontes y se arriesgan a especular sobre grandes incógnitas en desarrollo tanto para la neurociencia como para la ética, apuntando a esa nueva y cada vez más fecunda *neuroética*, si bien el autor hace un claro matiz al respecto de esta que previene al lector sobre el enfoque que está por venir, y enfatiza aquello que resulta especialmente novedoso en su trabajo:

«Algunos filósofos [...] tratan de integrar la neurociencia en una teoría de la conducta moral. [...] Sin embargo, [...] no formulan una teoría o una moral basada en la biología celular nerviosa. Se sitúan en un nivel de generalidad que es más especulativo, que se reconoce como más “filosófico” de lo que sería un estudio específicamente científico. *El cerebro altruista* invierte ese enfoque. Usa la ciencia pura –esto es, la neurociencia pura– para proponer una teoría detallada de la conducta moral basada exclusivamente en lo que sabemos de la función del cerebro»<sup>2</sup>.

Este es el centro discursivo sobre el que gira el trabajo: una inquisición respecto de los fundamentos biológicos de una conducta ética, hasta la pregunta incluso por la posible existencia de un principio ético universal. Al autor le resulta sencillo encontrar pistas acerca de una posibilidad de este tipo: más allá del consenso establecido con la *Regla de oro*, parece haber precedentes históricos en todas las culturas humanas que estriban precisamente en esa afirmación fundamental: tratar a los demás como nos gustaría ser tratados. Tales precedentes, otrora atribuibles a la especulación o a la razón, hoy pueden ser rastreados empíricamente en el cerebro.

La relevancia, por tanto, de un trabajo como el de Pfaff trasciende los límites del discurso cien-

<sup>1</sup> PFAFF, Donald W.: 2017, p. 37.

<sup>2</sup> *Ibidem*, pp. 41-42.





tífico y adquiere un valor fundamental para la filosofía y, en especial, para la ética. La neuroética, en nuestros días, no es una disciplina accesoria en lo que al estudio materialista del ser humano respecta: sobre la base de estas neurociencias a las que el autor de la obra hace referencia, la filosofía debe esforzarse en incentivar una labor que sobrepasa a la ciencia: la búsqueda del carácter normativo que pueda haber en esta posible naturaleza altruista de la especie.

En esta labor, el trabajo recorre algunos de los hitos más célebres dentro de este estudio contemporáneo sobre la base biológica de la ética humana: desde las teorías del «ADN egoísta», de la «selección de parentesco» o la «selección grupal», todas ellas en torno a una posible interpretación de cómo evolucionó el comportamiento social en el marco de ese *cerebro altruista*, hasta las ya célebres neuronas espejo de Rizzolatti, con mención a clásicos de la filosofía como Platón, Spinoza o Hume y hasta, por supuesto, autores contemporáneos tanto de la filosofía como de la ciencia como Chomsky o Damasio.

En definitiva, si bien el estudio de Pfaff parte desde una perspectiva más neurocientífica que neuroética o filosófica, como bien señalaba en su introducción, resulta imprescindible para el entendimiento, fundamentación y desarrollo de estas últimas. En la medida en que la TCA –teoría del cerebro altruista– podría plantear una respuesta a la posible forma de ese especulado principio ético universal, con base naturalista, la importancia de la investigación neurocientífica que el autor exhibe se revela indispensable para un estudio contemporáneo de la ética humana. A este respecto, afirma el propio autor:

«En otras palabras, la idea de que somos por naturaleza proclives a la reciprocidad moral es importante porque apunta a los mecanismos cerebrales en los que se apoya la civilización. Comprender las bases hormonales y neuronales del altruismo nos permite crear circunstancias favorables para la civilización<sup>3</sup>».

Desde luego, y esto ya es un paso hacia una *neuroética* y, también, hacia una *neuropolítica*,

la fundamentación de una idea tal no sólo es centro actual del debate neurocientífico, sino que, como ha sido explicitado, supone un elemento imposible de obviar para la ética contemporánea. Con el surgimiento de estas disciplinas, parecen haberse encontrado los indicios suficientes para estar seguros de que la moral humana tiene su sustrato, como ya aventuraron otros pensadores antes, en su propia base material. La falacia naturalista se debilita ante una naturaleza que parece preconfigurar la norma, hasta el punto de explicitar que un cerebro *sano* es un cerebro *naturalmente bueno*, entendiendo esta bondad bajo aquella *Regla de oro* o reciprocidad moral.

Con todo, la investigación en neurociencias, de la que esta obra resulta una reveladora exégesis, se proyecta hacia una reconstitución no ya de nuestro horizonte ético a nivel personal o de corto alcance, sino a una posible transformación institucional a mayor escala, que dé cuenta, sobre una base material científicamente manipulable –falible, revisable, mejorable–, de nuestras predisposiciones a nivel mental, a fin de crear una sociedad futura capaz de integrar la naturaleza humana de manera no patológica. La exposición neurocientífica de Pfaff, abierta a un nivel comprensible incluso para el sujeto lego, supone una contribución excepcional, en virtud de su posible recepción por un amplio espectro de lectores, a este presente y futuro proyecto de una neuroética necesaria.

Ética, salud y sociedad tienen hoy, gracias a estas nuevas investigaciones, un fundamento común que permite tanto entender lo que somos como los productos que generamos –materiales e inmateriales–. El camino a un nuevo horizonte ético inextricablemente unido a un más adecuado estado de salud psicosomático, en realimentación continua con la sociedad que creamos y que nos determina, es lo que queda abierto con estudios como el que presenta esta obra; horizonte que, lejos de ser un futurible, es una realidad más que establecida sobre la base de esa relación cerebro-mente que ha quedado probada con el devenir científico.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 191.